

# ESPERAR EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Licenciado Luis Alberto Jorge

Equipo Jeremías, 21 de agosto de 2020

## 1- Depresión social y esperanza.

**“Nunca habíamos sabido tanto acerca de nuestra ignorancia”. Jürgen Habermas**

Las dos emociones con mayor expresión social en este tiempo de pandemia son la incertidumbre y la amenaza, (estudio realizado por la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología). Ignorancia respecto de nuestro futuro, de ahí la incertidumbre, y amenaza ante el riesgo vida (como expresión negativa máxima), o las graves consecuencias económicas y sociales implicadas por la inactividad obligada por la pandemia.

Desde una perspectiva epidemiológica, la depresión social se asienta, sobre todo, en dos vectores esenciales: soledad y falta de idoneidad. En relación al primero de ellos, la pandemia puso en jaque los vínculos sociales por el aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) dispuesto, y puede ser la generadora de las condiciones apropiadas para profundizar las divisiones ideológicas y sociales de la tan mentada grieta que nos aqueja. En cuanto al segundo, nuestras dificultades históricas para hallar un camino común, como en toda situación crucial, quedan más al descubierto, y pueden ser fuente de desánimo o al menos incrementar el surgimiento de ideas de fugas. Así lo evidencian de manera dolorosa los jóvenes, sector social que debería ser el representante etario de la esperanza para el conjunto, pero sueñan con abandonar el país en búsqueda de un destino que consideran mejor para ellos mismos sin pensar tanto en el resto.

Si la depresión social oscurece como una sombra nuestra mirada al horizonte histórico, la esperanza se vuelve el antídoto, tan ausente y tan necesario como la deseada vacuna del Covid 19. Sin ella, la percepción generalizada corre el riesgo de tornarse en mera espera de un futuro catastrófico pre-determinado por las leyes de un ecosistema planetario que parece a punto de colapsar. Sin embargo, si el futuro lo ponemos bajo el signo del porvenir, entendido como el fruto de una promesa común, la espera puede volverse esperanza, imprescindible para recuperar la fe en la responsabilidad conjunta por nuestra casa común.

La urgencia y necesidad de percibir signos de esperanza nos invita a repensar nuestro aporte específico como creyentes a la situación actual.

## 2 Esperanza como virtud teologal.

**“En medio del miedo y del aislamiento, estamos aprendiendo que un cambio profundo y positivo es posible”. Rebecca Solnit**

Hablar de virtud teologal es poner en el centro de la acción humana un operar divino. Es Dios quien infunde la esperanza en el corazón del hombre, y éste responde acogiendo y agradeciendo ese actuar que transforma su mero destino en historia de salvación.

La pandemia se vuelve ocasión única, por la condición planetaria inusitada de la enfermedad, de hacer experiencia de lo inexplicable del mal, y de hacer memoria de aquello que estamos siempre tentados a olvidar: nuestra finitud. En medio de este contexto los creyentes estamos llamados a esperar no solo para nosotros, sino para todos, pero entendiendo fundamentalmente que la esperanza no es el producto del esfuerzo ético del hombre o el resultado de un entrenamiento espiritual que pueda mantenerlo a flote, sino la renovada acción gratuita de Dios que nos regala ojos simples para discernir su paso por nuestra historia, por más dura o compleja que parezca. Es tener la capacidad de percibir signos de salud, de cambio profundo y positivo, en medio del miedo y del sufrimiento. Dios siembra sus dones en el rostro del sufriente y en las manos del que acompaña y consuela. ¿No es propio de la esperanza cristiana hallar bien en medio del mal? ¿Y aún de mayor bien del que podíamos esperar en base a nuestros meros cálculos humanos? En casi todos los profesionales de la salud así como en la mayoría de los sacerdotes con los que pude hablar, he encontrado la sorpresa inesperada en su propia vida y en la de infinidad de personas que acompañamos, de la presencia impensada de gérmenes de salud y de vida, que sostienen la esperanza propia y alienta a otros a hacer lo mismo aún en situaciones muy precarias y deficitarias. Podemos intentar ponerlos en común, ya que estamos convencidos de que han sido regalados para la edificación del entero Pueblo de Dios. Este quizás sea uno de los propósitos de este encuentro, renovar esa esperanza que queremos transmitir.

### **3- Dios también quiere esperar.**

**La fuerza de la esperanza no está en nuestra capacidad, en el progreso externo (social o eclesial), en la ausencia de problemáticas. Su fundamento está solamente en que Dios es fiel y por ello no defrauda a quien espera en él.” Pbro. Marcelo Cinquemani.**

Dios mismo parece haberse puesto a esperar cuando decidió redimir al hombre sin coacción y sin violencia. Al menos espera nuestra respuesta, nuestro sí a su proyecto y a su plan. Cuando vemos imágenes de la Trinidad, como aquella famosa de Rublev, vemos que en Dios mismo hay “mutualidad”, diálogo y propuesta, espera y respuesta. Parece propio de su naturaleza este tipo de intercambio que supone ofrecimiento total y gratuito cuánto acogida plena e ilimitada. Así brilla su Misterio íntimo como maravillosa fecundidad, de donde brota el Espíritu, y como Amor, que define no solo su obrar sino sobre todo su mismo Ser. Toda esperanza fluye de esta fuente primera, y hace manar el agua del Espíritu del Corazón Traspasado a través de todos los tiempos y de todos los espacios.

Apoyados en esta fidelidad de Dios, podemos encontrar un fundamento firme para nuestra esperanza. Ahora puede ella caminar en el desfiladero del “camino estrecho”, sin caer ni en un realismo resignado que ha perdido la frescura para esperar, ni en un optimismo que ha mutado la confianza en conocimiento, y se auto-convence de que

todo irá bien. Como un puente sobre el abismo la esperanza se sostiene por un lado por el consuelo de la memoria, y por el otro por la confianza en el porvenir. La memoria nos recuerda que Él ha actuado en nuestro favor y alienta en nosotros la confianza de que volverá a actuar. Dios no es un ausente, un impotente, un solterón, sino el Padre que ordena todo para el bien de los que ama. Por el otro lado, el futuro no se reduce a la mera expectativa humana, sino que se transfigura por la confianza, no por el conocimiento, en esperanza. Mientras la resignación nos deja mirando siempre hacia un pasado nunca superado, y el optimismo autosuficiente nos convence de que el futuro será mejor, la esperanza nos ancla en el presente como el lugar donde siempre está viniendo la salvación y la sanación.

La esperanza hace brillar nuestra verdad más honda de hijos y hermanos, Y nos devuelve el rostro paterno de Dios, único que hace presente su Amor en la historia.